Por los vericuetos de Manuel

Jaime Jaramillo Panesso

Manuel Mejía Vallejo fue un antioqueño auténtico, original, desabrochado y bohemio. Nunca le sirvieron las zapatos de otros. Prefirió los propios así se gastaran en los vericuetos de su alegre vida viajera o de los recorridos por las calles de Medellín. Su talento se formó en los campos del suroeste antioqueño, donde cuadran los varones del café y los trovadores en dos esquinas. El mismo, Manuel, fue un juglar que anduvo por los despeñaderos del amor, reconociendo la fugacidad del encuentro y la reflexión sobre la muerte que es una de sus compañías preferidas.

Manuel hizo parte del paisaje urbano cuando dejó de viajar y se aposentó en Medellín, con su boina de español irredento, sus hijas, su compañera. De paso daba brillo con su presencia a la cercanía de su suegra la pintora Dora Ramírez y su gusto por bailar la melodía ciudadana. Manuel tarareaba tangos y milongas, pero su oído rural lo conducía por el sentido pasillo y por los bambucos, que se extendía, al menos el pasillo, hasta las notas tristonas del folclore ecuatoriano. Ahí elevaba la copa de ron añejo, tan añejo como sus recuerdos. Ese ron de la FLA le debe aún a Manuel, el haberlo posicionado como un licor de intelectuales con amaneceres triturantes de paliqueo y la dulce toma de chocolate caliente en los puesto callejeros.

Manuel ejerció como maestro en la universidad Nacional que queda en la misma área de la Biblioteca Pública Piloto. Pero su verdadera vocación de maestro la aplicó a sus alumnos del taller de literatura de la BPP, bajo la bendición y el patrocinio de Gloria Palomino y Miguel Escobar. Manuel tuvo una actividad extracurricular a la salida de sus talleres. Se reunía en la noche con sus amigos y alumnos bajo las toldas de La Comedia en el Barrio Carlos E. Restrepo, donde Gloria la nuestra, su dueña y fisioterapeuta de almas descuadernadas, ofrecía arepas desmechadas con maíz tierno, con las cuales el ron era un pasante y la amistad un pegante.

Manuel envejeció de la manera más valiosa y fraternal. Como el personaje del cuento de niños, iba dejando la huella de sus palabras y talento en la medida que caminaba por el bosque de los días. Y los días pasaron con el rigor que tuerce el corazón y declara clausuradas las tertulias.

Sus amigos lo recordamos hoy, cuando en este año de 2013 se cumplen el 90 aniversario de su nacimiento en Jericó el 23 de abril. Y el 15 aniversario de su desaparición. Una ley expedida por el Congreso de la República iniciará su reconocimiento como escritor, poeta, novelista, cuentista, ronero y tanguero. Un hombre que sembró la semilla porque la tierra éramos y somos nosotros.